

FERNANDO CASTILLO VELASCO. PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA.  
DISCURSO PRONUNCIADO EN LA MANIFESTACION OFRECIDA EN SU HONOR

Santiago, Julio 9 de 1983.

Amigas y amigos:

Víctor Gubbins, al anunciarme que el Colegio de Arquitectos me había otorgado el Premio Nacional de Arquitectura, agregó algo que para mí es decisivo. Que el Jurado había distinguido en mi larga vida como arquitecto, el hecho que, también en campos ajenos a la arquitectura, yo he buscado actuar como tal. Pienso, sin falsa modestia, que ese criterio es válido. En última instancia, la vida de los hombres adquiere sentido y puede aspirar a la plenitud, cuando ella se identifica con una vocación profunda. Y cuando ésta se hace parte del quehacer de cada uno, y de su destino. Es verdad que mi vida la he sentido como la vida de un arquitecto. Mi modo de aprehender y resolver los problemas; la forma con que enfrento las diversas situaciones; mi manera de concebir y crear una obra de arquitectura -o cualquier obra humana- han seguido siempre esa especie de sutil metodología que usamos los arquitectos, y que no compartimos, necesariamente, con otras disciplinas del saber y el hacer humanos.

El arquitecto necesita, sobretodo, escuchar. Su actividad tiene un sentido colectivo: construimos reuniendo el esfuerzo de muchos, y la obra es siempre el resultado de muchas manos y de intercambio de muchos puntos de vista, deseos e inteligencias. Tenemos que imaginar para actuar, y actuar comunicándonos, respetando el saber del obrero, la experiencia del jefe de obra, el sentir de los dibujantes y la voluntad de lo que usarán, mañana, nuestra obra.

Esta tarde, en que tanta gente se reúne bajo un techo común, para expresar solidaridad, afecto y comprensión hacia lo que yo haya podido realizar, siento otra vez que

estamos ante la necesidad de una obra; que nos convoca o un desafío de imaginación y de honda solidaridad.

Pienso que al venir Uds. hasta aquí quieren también expresar, más allá de los confines de un homenaje, una grave preocupación, una búsqueda de futuro y una voluntad creciente de participación en el destino de la Patria.

Por eso es que mi palabra -la pobre palabra de un arquitecto- se hace aquí trascendente. Porque el destino ha querido que yo exprese hoy y simbolice el sentido de nuestras tareas, urgencias y proyectos para el futuro de nuestro pueblo.

Todo lo que digo lo he pensado y madurado por largo tiempo, siguiendo esa forma de reflexionar que nos es propia a los arquitectos.

Lo he escrito pensando en mi vida, en mi experiencia, en la vida de tantos que, gracias a Dios, me han acompañado: ellos fueron mis colaboradores en las primeras obras cuyo testimonio ha ido haciéndose vida a lo largo de la ciudad y del país; ellos fueron los pobladores de La Reina a quienes debo no una Alcaldía, sino años plenos de mi trabajo, años de aprendizaje en la solidaridad y en la participación; ellos fueron mis alumnos, mis socios, y mis colegas en la Escuela de Arquitectura en la Universidad Católica de Chile, y fueron también los estudiantes que un lejano 11 de Agosto me invitaron, junto con ellos, a transformar esa Universidad para servicio del pueblo de Chile; ellos fueron los chilenos en desgracia que -junto con la solidaridad de tantos en Gran Bretaña y Venezuela- mitigaron el tiempo extranjero y me pusieron en contacto directo con el terrible exilio. Hoy día son Uds. los que me acompañan y yo no puedo sino hablarles de ese Chile que acogió mi trabajo y de esta Patria que es nuestra obra colecti

va, aún cuando se quiera excluir el aporte de nuestros esfuerzos.

Quiso el destino que, a lo largo de los años, participara del despertar de la vocación de nuestros pobladores y de nuestros estudiantes. ¿Cómo no recordar aquí, ante Uds., la gesta de esos años?

Lo hago, también, porque se ha querido suprimir nuestra historia, sepultándola bajo las ruinas del presente. Lo hago para decir mi convicción más profunda: que sólo en la participación es posible la libertad y que no hay fuerza mayor que aquella que nace de la solidaridad activa entre muchos.

En la misma medida que esas dimensiones fueron parte de la historia de nuestro país, esa historia mereció vivirse apasionadamente y necesita rescatarse para el presente. Tengo frente a mí cien imágenes imborrables que, como en mí, estoy seguro permanecer en el recuerdo colectivo. La de un país pacífico pero que disputaba con ardor; la de sus jóvenes comprometidos en pensar la Universidad y no solo en recibir con tedio un título profesional; la de sus pobladores, pobres, marginados, más dispuestos a construir, sin temor, jamás arrancados por las noches de sus hogares como delincuentes.

Es cierto que no supimos preservar nuestra propia historia. Nos dividimos, envueltos en una pugna que separó a los chilenos, que arrastró la democracia hacia el abismo y que abrió las compuertas a una aventura que, pronto, se transformó en pesadilla.

Estos últimos diez años han sido la negación de todo lo que anhelábamos, de todo lo que el país construyó durante estas décadas y en toda su historia. El peor daño que

pudo inflingírsenos, en cambio, creo que no se nos fué impuesto. Hemos debido perder la vida de muchos, sufrir el encarcelamiento de muchos, el exilio de los que más amamos y necesitamos, hemos debido soportar la arrogancia del poder, la ceguera de políticas que paso a paso fueron demoliendo al país, a su economía, a sus Universidades, a sus organizaciones sociales... A veces me he preguntado, con angustia, cómo todo eso ha sido posible. A veces he creído que pudimos ir más lejos en la defensa de nuestra historia, de nuestro patrimonio y de nuestro pobre pueblo desvalido. Con muchos otros, seguramente, llegué a preguntarme por momentos si no se había dañado en lo hondo lo principal: nuestra propia capacidad de reaccionar, de rebelarnos de alguna forma frente a un orden tan injusto, de reunirnos otra vez solidariamente para luchar por las condiciones básicas que hacen que los humanos puedan sentirse tales, con dignidad entre los suyos y en su pueblo.

Pero justamente en esos momentos, cada vez, algo venía a confirmar que el aplastamiento por la fuerza no tenía por respuesta la renuncia; que por mil caminos sinuosos se iba expresando la protesta, la organización, la búsqueda, el pensamiento libre, la defensa de nuestros derechos, la reanimación de la sociedad.

Hemos aprendido entonces, todos nosotros, que no se enajena la democracia ni por retazos, ni por tiempos fugaces. Se le va al pueblo de las manos toda entera, y por tiempos que serán, siempre, demasiado largos y onerosos.

Lo terrible es que aún, teniendo esa convicción podamos a veces volvernos sobre el pasado con signos de enemistad y con recuerdos que nos endurecen. Yo no pretendo, para nada, el olvido. Todo lo contrario. Creo que del pasado que compartimos podemos aprender infinitamente. Ocurre así precisamente porque es el pasado nuestro, con sus dimensiones

mejores y sus más graves errores y desvaríos. Nadie puede pretender que sólo comparte los aciertos y nadie puede por otra parte, ser hecho objeto, el sólo, -sea una persona, un grupo, un partido político o un gobierno,- de todas las culpas y todos los desaciertos.

Permítanme Uds. hacer aquí un breve paréntesis, de carácter estrictamente testimonial. Durante los años de mi Rectorado en la Universidad Católica de Chile, años fecundos, en reformas y debates, jamás nadie fué excluido de la discusión y la participación. Nadie fué removido de su trabajo por sus razones ideológicas. Y todos, cada uno desde su particular visión de las cosas universitarias, aportó un esfuerzo a la obra colectiva. Por cierto que hubo quienes lo hicieron críticamente, o que lo hicieron directamente desde la oposición al Rector. ¿Pero acaso alguien puede reclamar, en los asuntos humanos, unanimidades y asentimiento total y completo? En verdad, es una desmesura y una arrogancia el que un gobernante piense o crea que su gobierno es infalible, que la autoridad viene de arriba, y que sólo hay una razón y que lo demás es error, interés mezquino o subversión. Pero lo mismo se aplica a nuestra visión del pasado. El pasado nos exige esa humildad sin la cual no hay posibilidad de unión; reclama de nosotros esa generosidad que es el único medio para el reencuentro entre los chilenos, los que están fuera y dentro y los que están en las diversas posiciones que ansían por fin terminar con la situación actual.

Si hoy día el país está bloqueado, si lo recorre un profundo sentimiento de inquietud y de malestar, creo que es, más allá de las razones económicas y políticas que Uds. conocen mejor que yo, es, repito, porque nos hemos dejado engañar respecto del pasado y alimentamos vanamente una historia de fantasmas.

El país ha sido, como nunca en su historia tal vez, sometido a la división sistemática, a la visión terrorífica de su propio pasado, al desprecio de su legado político y cultural.

Nosotros tenemos el deber, por eso, de comunicar que sentimos y valoramos a Chile de otro modo, que nos unen -por encima de nuestras alternativas y de nuestras trayectorias- una misma voluntad democrática, un mismo rechazo a la violencia y la represión, una idéntica valoración del legado político nacional y de su cultura abierta, pluralista y tolerante.

Y ya puesto en este camino de reflexión, déjenme Uds. decirles que creo de la más grande importancia recuperar para Chile los valores y los ideales de la política y la necesidad de los hombres y las mujeres que la ejercen.

Pués aspiramos, creo que todos los presentes, justamente a una solución política de la crisis que paraliza y desintegra a nuestra sociedad. Queremos emplear la razón, debatir, expresarnos. Queremos que todos los chilenos puedan y deban participar en la recuperación de su libertad, que todos se organicen y vuelvan a incidir en la construcción de la Patria. ¿Acaso se ha inventado algún medio diferente que la política para poder cumplir esos objetivos? Sólo la guerra, que mata a la política pero que también mata a los hombres.

Sólo la ceguera de los gobernantes, sus afanes autoritarios y su desprecio por la opinión de las mayorías puede explicar una actitud destructiva frente a la política y a los que desarrollan su vocación. Peor todavía, y he aquí el mayor peligro, al momento de cerrar las compuertas de la política, se está necesariamente por mantener un estado de guerra.

El efecto lo hemos observado en Chile. Mientras se niega la política, se prolonga la emergencia. Mientras se restringe y reprime la libre actividad de los políticos, se necesita actuar militar y represivamente en medio de la sociedad. Luego, mientras se ahogue la política, se tendrá que echar mano a la fuerza, y en Chile no habrá paz civil, tolerancia, ejercicio de los derechos ciudadanos básicos y reconciliación auténtica, con justicia y con verdad.

Yo puedo hablar en este terreno con íntegra independencia, porque jamás en mi vida he cumplido las funciones propias de la política. He reconocido militancia como lo hace cualesquier ciudadano consciente, y he participado, por las vías de la democracia, en la comunidad local y en el gobierno universitario. Luego, si reivindico la necesidad de la política lo hago porque es sólo por medio de ella, que podremos avanzar hacia la democracia, y porque comprendo que ella es instituable en la sociedad, salvo que uno se incline a favor de las armas, la violencia y la represión.

Hace 10 años, pensé y expresé muchas veces lo mismo. En medio de las más grandes dificultades y de la tensión de los últimos meses antes de septiembre del 73, preparábamos el Claustro Universitario que debíamos celebrar a mediados de ese mes, y que no llegó a realizarse. En la cuenta que entonces presenté a la Comunidad Universitaria, y que debía leer al Claustro, quise manifestar -en un lenguaje que tal vez hoy día nos parecerá inadecuado- una vez más mi principal temor y preocupación. Permítanme Uds. recordar algunas de esas frases esta tarde: "Hoy vuelvo a pensar -dije entonces- con angustia pero sin desesperación que Chile merece y reclama la paz; que es necesario afirmar los valores de la vida; que no pueden imponerse los designios de la guerra y la destrucción de lo que amamos. Tal vez, si supiéramos mirar con pasión y limpiamente el futuro de nuestro pueblo, comprenderíamos que

es necesario preservar la unidad esencial de la nación; que es posible construir con alegría y que son inevitables las dificultades, los errores y los límites que se nos imponen a veces. Superarlos es la tarea de cada día; eliminarlos por la violencia es el camino hacia la destrucción. Que nadie quiera olvidarlo. Que se recuerde el terror de las armas y la desolación de los campos de batalla. Que se proclame ahora y no demasiado tarde, cómo el combate debasta, separa y extermina. Que se sepa que en la hora del duelo cae todo el silencio como una voz fallecida. Que se diga a todos que la lucha entre hermanos es la lucha más larga, la más hiriente y la más triste. Que nadie pueda olvidarlo. Sólo entonces recobramos la íntima decisión de convivir en paz y será posible, otra vez, llenar de luz la extensión de nuestros anhelos.

Fué, entonces, demasiado tarde. Dejamos caer la política, alegando que ella se había vuelto inmanejable, callejera y desquiciada -todo lo cual era cierto- y en vez de ella hubimos de aceptar la guerra entre hermanos. Nos quedamos sin esperanza y se abatieron sobre el país los malos que aquejan a los pueblos cuando se tornan indefensos y enajenan su capacidad de discrepar, de decidir y de soñar. Cuando dejan de gobernarse a sí mismos, y deben aceptar la oscuridad de los resentimientos, de la venganza y de la derrota.

Hoy, otra vez, empezamos a mirar hacia el futuro. Son demasiados los problemas que nos aquejan como nación, es demasiado grande la sensación de futibilidad que embarga a la mayoría cuando mira estos diez años, como para quedarnos atrapados en el presente. Tenemos que ponernos de acuerdo -todos los chilenos de buena voluntad- para romper esta situación bloqueada y avanzar.

Mi convicción es que la sociedad chilena posee todos los recursos de imaginación y buen sentido, todas las



tradiciones y el afán de concordia que son necesarios para construir una salida de la actual situación. Si manifiesta esa disposición y la hace valer cada vez más como una enorme fuerza moral, ninguna minoría, por poderosa que ella sea, podrá permanecer incólume. A fin de cuentas, todo poder se vuelve impotente cuando carece de legitimidad; cuando no logra atemorizar a los gobernantes, y cuando estos deciden obedecer a su razón y a manifestarla colectivamente.

Si tenemos confianza en nuestras fuerzas, es, además, porque percibimos muy claramente que Chile tiene un destino. En medio de la crisis actual, muchos han levantado su voz pesimista para decir que tal vez el país esté condenado a repetir solamente el pasado, o que su economía no sería viable por pequeña y débil, o que su única suerte es integrarse al circuito del dinero y de los bienes internacionales.

PATRIMONIO UC

En cambio, solemos olvidar que este país aspira desde los inicios de su historia a las cosas esenciales de la vida y que ellas no están fuera de nuestro alcance. Podemos trabajar todos los chilenos y asegurar a cada cual la satisfacción de sus necesidades básicas o fundamentales. Podemos aspirar a vivir con niveles cada vez más altos de igualdad entre unos y otros, en la medida que nos decidamos a hacerlo en torno a lo básico, sin pretender un paraíso artificial y ostentoso de consumos y derroches. Podemos y debemos volcar el esfuerzo de la Nación en los pobres, en los niños y en nuestros jóvenes. En fin, si sabemos reconocer el destino de nuestra Patria es porque lo asumimos desde el punto de vista de la justicia. Porque aspiramos a cambiar la calidad de la vida que vivimos, y no sólo ni primordialmente a medirla en cantidades de créditos, en montos de ayudas externas, en el número de automóviles que vagan por las calles, como si todo eso importara algo frente a la exigencia de proveer trabajos productivos y estables, frente a la necesidad de mejorar la educa-

ción de millones de chilenos y de garantizar su acceso a la salud, y de distribuir con criterios de profunda solidaridad el fruto de los esfuerzos colectivos.

Ninguna promesa del consumo ha movilizad, jamás las energías de un pueblo como puede hacerlo el ideal de la justicia, la defensa de su independencia, el encuentro con sus vocaciones y la voluntad de una vida mejor vivida con sentido y con respeto.

Ni tampoco ha aprendido una Nación nada que importe profundamente para su futuro, cuando ella ha vivido de prestado, artificiosamente, de "milagros" en abismo, y de abismo en milagro, marginando a enormes masas del pueblo de la posibilidad y el sentimiento de formar parte de su comunidad y del esfuerzo común por construir una obra.

Por todo esto es que tenemos derecho a soñar el futuro. Porque nos mueven razones tan poderosas como son las razones del sentido común. Razones que la mayoría de los chilenos comparten y que reclaman ver, por fin, transformar la realidad, distorsionada por un experimento que sólo, amparado tras la fuerza, ha podido imponérsenos.

Amigas y amigos:

Me ha parecido un deber de lealtad hacia Uds. y de honestidad conmigo mismo expresarles aquí, esta tarde, el sentido que ha movido mi vida y que ha enriquecido, por igual, mi vocación como arquitecto y mi experiencia como ciudadano.

Alemás, no puedo callar mi honda preocupación ni creo que podamos prescindir, tampoco en esta ocasión, de reafirmar nuestras esperanzas: yo espero, en los años que vienen, reencontrar en sus hogares a todos los chilenos, inclui-

des a los miles que hoy están impedidos de vivir en su Patria. Me duele aceptar que tantos y tantos, aún entre los más queridos y cercanos, hoy día no pueden compartir estas horas de amistad y este sentimiento de futuro.

Yo espero, en los años que vertiginosamente se avecinan, ser parte de un Chile tolerante, civilizado y democrático. Donde nuestras diferencias, por vastas que ellas puedan llegar a ser, se resuelvan pacíficamente, por medio del debate, de la discrepancia pública, y del reconocimiento a las mayorías y a las minorías por igual.

Yo espero, si Dios me dá la vida que anhelo, trabajar otra vez en mi oficio y servir a la Comunidad en las tareas que nos van a desafiar, igual que ayer, en cualquier lugar donde pueda contribuir a aunar voluntades, a inspirar solidaridades y a transformar un medio, que queremos más justo, más vivible y más pleno.

Hoy vuelvo por eso a terminar con las palabras de nuestro Pablo Neruda que hace ya diez años pusimos como prólogo del Plan de Desarrollo de la Universidad Católica de Chile:

"El hombre  
separará la luz de las tinieblas  
y así  
como venció su orgullo vano  
e implantó su sistema  
para que se elevar el edificio,  
seguirá construyendo  
la rosa colectiva,  
reunirá en la tierra  
el material hurafío de la dicha

y con razón y acero  
irá creciendo  
el edificio de todos los hombres".

Muchas gracias a todos Uds. por este gesto hermoso de compartir conmigo la alegría de un reconocimiento y la fuerza de una esperanza.

Muchas gracias.

PATRIMONIO UC